

## Francisco Toledo o el combate entre la muerte y el sexo

*Carlos Alfieri*

Sucede con Francisco Toledo (nacido en Juchitán, Oaxaca, en el istmo de Tehuantepec, el 17 de julio de 1940) una rara paradoja: aunque a menudo es considerado el artista plástico vivo más grande de México, su obra es insuficientemente conocida fuera de su país, y particularmente en Europa. A mitigar esta deplorable ignorancia ha contribuido el Museo Nacional Centro de Arte Reina Sofía, de Madrid, con la excelente exposición antológica realizada entre el 20 de junio y el 28 de agosto pasados, en coproducción con la Whitechapel Art Galley, de Londres, que la exhibió anteriormente, desde el 14 de abril hasta el 7 de junio de 2000.

Pero la índole paradójica que emana de la personalidad de Toledo no se agota en esta circunstancia. Tanto su biografía como su estética pueden propiciar las catalogaciones cómodas y los estereotipos tranquilizadores: «realismo mágico», «candor indígena», «actualización de un arte precolumbino incontaminado», etc. Sin embargo, nada estaría más lejos de la realidad que esos equívocos que la pereza intelectual es tan proclive a engendrar. Toledo es renuente a la taxonomía; resbaladizo y desasosegante, recorre todos los territorios y disuelve todas las fronteras: las que separan el arte de la artesanía, la decoración y la ilustración; lo culto por lo popular; lo autóctono de lo universal; lo animal de lo mineral y lo vegetal; lo tradicional de lo moderno. A través de esa destrucción sistemática de categorías rígidas, tan poco candorosa, conecta con algunos de los rasgos más salientes de la sensibilidad contemporánea y deviene, plenamente, un artista de nuestros días.

Liberar la obra de Francisco Toledo de las homologaciones fáciles, dar cuenta de su complejidad, no significa negar las evidencias: la imaginación prodigiosa de este zapoteca que reivindica sus orígenes entronca, en primer lugar, con el arte americano prehispánico; también son obvios sus vínculos con el arte comúnmente llamado primitivo de otros continentes. No constituye ninguna novedad constatar que la herencia de Rufino Tamayo está muy presente en su pintura, ni que Toledo es un artista inequívocamente mexicano, con señas de identidad tan contundentes como las que suelen

caracterizar a gran parte de sus colegas compatriotas, desde Diego Rivera y Frida Kahlo hasta Julio Galán o Nahum B. Zenil. Lo que importa señalar es la peculiar alquimia con que se apropia, transforma y reelabora las vastas influencias a las que se muestra receptivo y cómo, a partir de tan variados elementos, construye una obra personalísima.

Francisco Toledo opera en medio de un campo de fuerzas atravesado por múltiples influencias. Además de las mencionadas anteriormente, que son centrales, aparecen Paul Klee y Jean Dubuffet, Antonio Tàpies y Mark Tobey, James Ensor y Edvard Munch, Goya y Max Ernst, José Guadalupe Posada y la arraigada tradición mexicana de la calavera, los códices y los retablos. Incluso se pueden registrar entrecruzamientos sorprendentes: junto a motivos que ornamentan algunos fondos de sus cuadros y que remiten a la artesanía oaxaqueña y aborígen en general parecen asomar, a veces, rastros de un Klimt. Esta enumeración, fragmentaria, no pretende una connotación restrictiva. Por el contrario, la mención de ciertos parentescos próximos o remotos sólo es útil para aportar algunos indicios del espacio estético en el que se mueve Toledo con total libertad y en el que despliega su inmenso talento.

Es preciso demoler el mito –en definitiva, eurocéntrico– del «arte incontaminado de un indio zapoteca». Toledo es un profundo conocedor de las vanguardias europeas y norteamericanas, ha vivido cinco años en París y pasado largas temporadas en Nueva York; cualquier ingenuidad artística le es ajena. Él mismo ha declarado: «Por supuesto que veo a Tamayo en mi obra, tanto como a muchos otros artistas más lejanos, africanos, australianos o del arte primitivo. Todo el arte es un legado y Tamayo también tiene su propia herencia. Con Tamayo, sin embargo, tengo la afinidad de haber nacido en el mismo lugar, con los mismos antecedentes raciales y culturales».

El arte de Toledo posee un singular refinamiento. La textura de sus cuadros es riquísima; los colores, suntuosos; su dibujo, excepcionalmente expresivo. Asombran su disposición a experimentar con los más variados materiales –puede incorporar a sus obras semillas de plantas, huevos de aves, cáscaras de frutos, caparazones de tortuga, huesos, piedras, pieles–, el empleo de diversos soportes, su perfecto dominio de todas las técnicas –pictóricas, escultóricas, gráficas y hasta artesanales, como la fabricación de papel–. En sus pinturas, intensamente matéricas –óleo impregnado con arena u otras sustancias; superficies hendidas que desprenden la irresistible incitación al tacto– y pobladas por una deslumbrante iconografía de insectos y bestias, lo animal parece mineralizarse, lo mineral y lo vegetal animalizarse, como en un incesante tráfico entre el mundo inorgánico y el orgánico que reafirma el misterio insondable de la vida.